

verso, y en este corazón, ardiente foco de todas las pasiones: fuerza es ensanchar nuestra esfera siguiendo los pasos de las ciencias que dan al hombre la soberanía en todos los puntos del globo donde puede sacar la espada. Ahora mas que nunca todos somos miembros corresponsales de un cuerpo inmenso, cuyas fibras todas laten todavía después de haber vibrado tan solo una.

HISTORIA NATURAL

DEL

JÉNERO HUMANO.

LIBRO PRIMERO.

SECCION PRIMERA.

DE LA CASTA HUMANA EN JENERAL, Y DE SUS RELACIONES CON
LOS DEMAS ENTES.

ENTRE la variedad de objetos que ojeamos sobre la faz de la tierra, sea cual fuere su importancia ó su grandeza, ninguno nos ofrece mayor interés que nuestra propia existencia. Sobrepuestos al reino animal, y dotados de supremo poder sobre cuanto respira, solo á nosotros compete calar hasta nuestro interior, escudriñar los móviles de la vida y sondear las honduras de nuestra propia naturaleza. Solo al *hombre*, entre todos los entes, fue dado contemplar su alma y pautar sus deberes y sus derechos en este globo; porque todo lo que vive se ignora á sí mismo, escepto tan solo nuestra especie. Así es que los animales dependen todos del hombre como esclavos de su señor, al paso que el hombre, rey y señor de la tierra, solo depende de

la Divinidad. Por esta razón el único objeto del bruto no puede ser otro que el cuerpo, ó su bien estar físico, puesto que ninguno sino el hombre se encumbra al conocimiento de su Hacedor, ni cala hasta su origen con el pensamiento.

Si parangonamos nuestra estructura y nuestras cualidades puramente materiales con los otros vivientes, solo echarémos de ver levisimas diferencias que no bastan á eximirnos de su clase; mas si cotejamos toda la estension de nuestras facultades morales é intelectuales con la débil vislumbre que dirige al bruto, hallarémos entre él y nosotros un abismo inmenso. En cuanto al cuerpo, pertenecemos á la casta de los animales, y por lo que respecta á la razón y al alma emanamos de la Divinidad. Díjérase que el hombre forma la especie mas singular que haya en la tierra y quizás en el universo, y que mereceria por lo mismo un estudio peculiar, aun cuando no perteneciésemos á este linaje: el hombre seria inagotable asunto de pasmo para cualquier otra criatura intelijente, que, si posible fuese, llegara procedente de otra esfera á este globo terraqueo.

Debemos pues considerar al hombre bajo el doble aspecto del cuerpo y del ánimo, esto es, de lo físico y de lo moral que le franqueó el Sér Supremo; pero no son pocas las dificultades que ofrece este exámen.

Puesto que el hombre debe á la intelijencia toda su grandeza, y aun su modo de existir en la tierra (porque no obra como los brutos por mero instinto), debemos considerarle como *un animal eminente*

temente filósofo. Todo, con efecto, manifiesta en él que está destinado á existir principalmente por el cerebro, mientras que el bruto no vive mas que por el cuerpo. El sistema nervioso es en nuestra especie, mas que en todos los demas vivientes, el origen del bien que gozamos y del mal que padecemos. Tal es la supremacia que nos concedió naturaleza: somos la cabeza ó la parte pensadora de los reinos organizados para arreglarlos y dirigirlos hasta cierto punto. El grande árbol de la vida, si consideramos toda la serie de criaturas organizadas, al darnos el sér, ha florecido, produciendo en nosotros los frutos mas esquisitos, y adquiriendo su total medro. Gozamos todos los privilejios que nos da este cetro, así como padecemos sus inconvenientes; pues hallanse unos y otros tan equilibrados, que si conociesen el humano destino, no podrian los demas entes acusar á la naturaleza de habernos favorecido á costa suya.

Todo lo que sobre la tierra consideramos como obra del hombre, siendo, como es, producto de la razón que le cupo, pertenece al ámbito de su historia. Si describimos la industria del castor y de la abeja, por ser el resultado de su propio instinto, ¿porqué no debemos contemplar en toda su grandiosidad la intelijencia del linaje humano? ¿acaso reconoce esta otro origen que nosotros mismos? De qué mano estraña recibió el hombre su poderío intelectual y su cuerpo, si no de la del mismo Dios? Así pues, el hombre, con sus leyes, su civilizacion, sus conocimientos y su industria, no ha desobede-

cido á la naturaleza, porque todo es el resultado de su organizacion y de su alma. No puede desasirse de la naturaleza; nace y muere en su seno, susténtase y enjendra como los demas animales; y si quebranta las leyes, que como á todos los vivientes le fueron impuestas, lleva la pena merecida, porque nunca nos oponemos sin quebranto á lo que nos deslinda nuestro primitivo destino.

Si nos ceñimos á escudriñar el hombre puramente corporal, si estudiamos con ánimo despreocupado su disposicion interna y sus formas exteriores, nos parecerá ciertamente poco favorecido, si lo comparamos con los demas entes. En efecto, carece de las armas ofensivas y defensivas que la naturaleza concedió á todos los demas animales. Su piel desnuda está espuesta á los ardientes rayos del sol, al riguroso frio del invierno y á la intemperie de la atmósfera; cuando vemos que la naturaleza ha resguardado los árboles con dura defensa. La prolongada debilidad de nuestra infancia, la sujecion á un sin número de dolencias durante todo el curso de la vida, la insuficiencia individual del hombre, la destemplanza de sus apetitos y pasiones, el desconcierto de su razon y su ignorancia orijinal, le postran en sumo desamparo. El salvaje forcejea rastrera y adormecidamente sobre la tierra; en esta larga carrera de dolor y de tristeza, víctima de los elementos, vese precisado á costear todos sus logros con los vaivenes y contingencias de la suerte. ¿Qué supone su fuerza si se compara con la del leon, y la rapidez de su carrera con la del caballo? ¿Goza acaso

del remontado vuelo del ave, del nadar del pez, del olfato del perro, de la vista penetrante del águila y del finísimo oído de la liebre? ¿Ensoberbeceráse de su estatura al par del elefante, de su destreza al lado del mono, de su rapidez cotejado con el corzo? ¿Está dotado de la magnificencia del pavo real, de la melodiosa voz del cantor de las selvas? Cada sér fué dotado de su instinto, y la sabia providencia ha acudido á las necesidades de todos ellos: dió uñas corvas, acerado pico y robustas alas al ave de rapiña; armó al cuadrúpedo con dientes y cuernos amenazadores; escudó á la tarda tortuga con duro broquel; adornó á la mariposa con brillantes matices, y enseñó á los alados moradores de las selvas sus mas dulces gorjeos: solo el hombre nada sabe, nada puede sin la educacion; fuerza es enseñarle á vivir, á hablar, á pensar bien; se ha de sujetar á mil tareas y fatigas para contrastar sus necesidades; la naturaleza no nos ha enseñado mas que á padecer el desamparo, y nuestra primera voz es el llanto. Miradle revolcándose por el suelo, desnudo, inmoble de pies y manos, á ese animal soberbio nacido para mandar á los demas. Jime, y le fajan y encadenan; principia su vida martirizado como si fuese un crimen el haber nacido. Los animales no emprenden su carrera bajo tan crueles auspicios; ninguno de ellos recibe una existencia tan frágil como el hombre; ninguno conserva tan desmedido orgullo en medio de su humillacion; ninguno conoce la supersticion, la avaricia, la ambicion, la locura y todos los furores que desgarran el corazon del hom-

bre. A tantísima costa nos fué concedida la razon y el imperio del mundo, dones tan funestos á veces á nuestra felicidad y reposo, que imposible parece determinar si la naturaleza se ha mostrado respecto de nosotros, madre jenerosa con sus dádivas, ó madre tra desapiadada por el precio que les impuso.

Colocados á lo sumo de la escala de los reinos organizados, á nosotros vienen á parar todos los movimientos que en ellos se verifican, porque al impulso de sus vaivenes ceden siempre los extremos. Todos ellos se entroncan con la especie humana, la cual es la cabeza y la parte pensadora de los cuerpos organizados; es, en una palabra, la flor mas quebradiza y delicada. Estendemos nuestra vida sobre todo el globo, y dependiendo de todas las cosas por nuestras necesidades ó placeres, quedamos indefensos en todos los objetos de nuestros deseos; nada nos es indiferente; y verdaderos reyes de la tierra, vense nuestros tronos rodeados, cual los de los príncipes, de roedoras zozobras, sobresaltos y desconsuelos. Algunas piedras, un metal, unos cuantos palmos de tierra, tan poco basta para pegar fuego á los cuatro ángulos del mundo, y para regar la tierra con sangre humana. Si el hombre es el animal mas sensible, vese tambien espuesto á mayores infortunios, pues los brutos tan solo yacen accesibles al dolor fisico. Cada sér no experimenta otro dolor sino el que le cupo, por manera que es mas desgraciado quanto mas sensible; pero como disfrutó felicidades en la misma proporcion, parécenos arduo determinar si su estado es mas en-

vidiable que digno de compasion. Con todo, está en el órden creer que ambos estados se equilibran, y que esos extremos de miseria y de felicidad son otras tantas oscilaciones que alternativamente ajitan á los hombres; pero quizás trocaran de buena gana esta alborotada existencia por una suerte mas tranquila.

En efecto, contemplemos el linaje humano que cubre la faz de la tierra, y verémosle arrostrar igualmente los ardores de la zona tórrida y los hielos horrorosos de las rejiones polares. Surca el océano y sus esplayadas llanuras en frágiles bajeles; y ora se lanza por los aires á mayor altura que el águila, con sus globos aerostáticos; ora descende bajo de las aguas y visita el imperio de los monstruos marinos bajo la campana del buzo, y cala hasta los abismos para arrancar los metales, preciosas vísceras del globo. Este ente cosmopólita, este señor de todos los animales se acomoda á todo por el hábito; puede sustentarse con casi todos los alimentos, paladear toda la naturaleza y multiplicarse por todas partes y en todos tiempos. Nació desnudo, y anda engalanado y pomposo como Salomon ó Sésotris, ceñido de púrpura, oro y seda; nació endeble, y domando luego el toro, el renjifero, el camello y el elefante, y unciendo fogosos corceles, vuela en dorado carro á los juegos olímpicos; nació sin armas, y ya aguza para la defensa ó el ataque la bayoneta y la espada, y retumba el cañon; no tenia albergue, y ya levanta muros y torres hasta las nubes, y la magnífica arquitectura, encumbrando atrevidas cúpulas, le prepara soberbias estancias; nació

ignorante y estúpido, y hedle aquí robando al cielo sus secretos por medio del telescopio, calculando por minutos la vuelta de los astros y eclipses, sondeando las mas profundas maravillas de la naturaleza, y racionando cual filósofo con Sócrates y Platon, en los jardines de Academo, en el seno de la ingeniosa y sutil Aténas.

Así pues, toda nuestra grandeza dimana de nuestra endebles primitiva, la cual aguza tanto mas nuestra sensibilidad é intelijencia, cuanto es mayor nuestra privacion. El hombre seria el animal de mas escasos alcances, si la providencia, colmándole liberalmente con todos sus dones, no le hubiese dejado nada que apetecer; esto es, si no nos hubiese hecho el saludable presente del dolor y del desamparo, eternos manantiales de industria y actividad, sin los cuales hasta la misma continuacion de la dicha seria intolerable. Por último, si el hombre hubiese podido subsistir solo y sin necesidades desde su nacimiento, independiente y sin trabajo, jamas se hubiera reunido la sociedad humana; y este sér, aislado, indolente, hubiera llevado sobre la tierra una vida oscura é inútil, como el bruto satisfecho con pacer la yerba, ó como el ave solitaria de las selvas.

El hombre es un ente descompasado en todo; eslo por su colocacion suprema en el órden de los cuerpos animados; lo es por sus facultades corporeas que esceden en jeneral á las de los animales y plantas, y lo es sobre todo por sus fuerzas morales é intelectuales, con cuyo medio conquistó el cetro

de la tierra. El hombre reúne todas las cualidades estremadas de los reinos organizados; dijérase que es su cerebro, su parte pensadora y sensible por excelencia, al paso que las demas especies componen su cuerpo ú mole bruta. Así como fué el cerebro formado para entonar la economía viviente de cada individuo, el cerebro de los cuerpos organizados, que es el linaje humano, se planteó por la naturaleza como moderador supremo, para ajustar su equilibrio y subordinacion; siendo como un gran balancin que alternativamente acude y se sobrepone á cuanto traspasa los lindes naturales, y levanta á su nivel cuanto se hunde en demasía (1).

Ved esas rejiones cubiertas de plantas y animales de todas especies; el hombre atraído por la abundancia de sus producciones, establece allí su morada, sujeta y destruye los animales, reduce á la servidumbre á los mas mansos, mata ó ahuyenta á los mas indómitos, tala las selvas, ataja con el fuego, la segur y la hoz el rebosamiento de vida vegetal, purifica el aire, desagua los pantanos, pone corrientes las aguas estancadas, anima la naturaleza yerta, y la entona en perpetua armonía. Pero acrecentándose luego la especie humana por medio de las sociedades, los imperios, las leyes civiles y relijiosas y la civilizacion, vese de nuevo recargada; mirábase en otro tiempo acosada por la maleza y por animales de toda especie, y contéplase ahora ago-

(1) Sanctius his animal, mentisque capacius altæ,
Deerat adhuc et quod dominari in cætera posset;
Natus homo est. Ovid., *Metam.* I.

biada y exhausta por huéspedes poderosos que talan las plantas y destruyen los animales. Entonces es cuando trata de descargarse de la pesada muchedumbre que la abrumba; derriba el poderío del hombre, convierte sus ciudades en yermos por medio del hambre y la peste, vuelca los imperios, pone la espada en la mano de los conquistadores, desaloja de las cavernas del norte rancherías asoladoras, renueva por medio de revoluciones políticas la masa de las jeneraciones humanas, provoca enfermedades que las han con la produccion de la especie, y restablece con tan recios vaivenes el natural equilibrio entre los séres organizados.

La tierra está sujeta, cual el océano, á sus tempestades. No cabe duda en que la naturaleza tiene reservadas épocas tremendas de estragos y destruccion para el jénero humano, y que la divina Providencia ha señalado el término de los imperios y las renovaciones de la faz del mundo. Ved como sucesivamente se elevan los reinos de los Medos, de los Asirios, Escitas y Persas, y como destruidos estos por los conquistadores Macedonios, se soterran todos ante los Romanos. El romano poder se desploma poco tiempo despues á impulsos de los repetidos avances de los valientes hijos del Norte, que acorren cual hambrientes lobos para derrocar el gran cadáver. Los Imbrios, los Hunos, los Godos, los Vándalos, los Alanos, los Visigodos, y todas aquellas castas guerreras que se precipitaron cual torrentes devastadores, invadieron las dilatadas provincias del imperio romano, y conducidos despues por los Ala-

ricos, Atilas, Jensericos y otros azotes de la especie humana, se destrozaron mutuamente para arrebatarse de las manos los sangrientos despojos de Roma. Vemos levantarse en Asia el imperio de los Sarracenos á la voz de Mahoma; Carlomagno funda en Europa otra potencia formidable; los Tártaros, acaudillados por los Tamerlanes y los Jenjiscanes, inundan el Asia; los Turcos acaban con el imperio del Oriente; los Españoles invaden el nuevo Mundo; sobreviene una destruccion tras otra; y en medio del redoblado estruendo de los imperios que unos sobre otros se encumbran y desploman, la naturaleza inmutable empuña la balanza, y preside sin conmoverse á tan espantosos trastornos.

Estas mareas ó reflujos de la especie humana, estas asolaciones, estas irrupciones, estas colonias, y por fin estas conquistas y todas estas revoluciones que se han atropellado por el largo discurso de los siglos, no son mas que el restablecimiento sucesivo de equilibrio en el sistema de los entes organizados; pues se ha notado que estas grandes catástrofes fueron casi siempre producidas por las naciones pobres ó sobrado numerosas con respecto á los productos del suelo que habitan. Hay, por consiguiente, un enlace necesario entre el número de los hombres y la cantidad de las sustancias organizadas que les sirven de alimento; y el desórden de esta relacion trae siempre consigo hambres, revueltas, convulsiones políticas, guerras, pestes y todos los estragos consiguientes. Así pues, los moradores de las estériles rejiones boreales se revierten siem-

pre con las armas en la mano á las fértiles llanuras de Asia; de suerte que no solo se establece el equilibrio de pueblo á pueblo, sino que tambien se coordina con el conjunto de los cuerpos organizados que sirven para su subsistencia. Los paises frios y de escasas producciones son por este motivo los menos poblados; las épocas de carestía disminuyen notablemente el número de nacimientos humanos; los movimientos políticos, las revoluciones son en todos tiempos obra de las clases desvalidas contra las pudientes. La política es por lo jeneral, y sin que nosotros lo advirtamos, un instrumento de la naturaleza; las vicisitudes de las naciones no dependen únicamente de los hombres; otra necesidad mas trascendental predomina en todo, determinándolo á veces por un aciago encuentro de circunstancias. Hasta los reyes yacen avasallados por esta potencia superior de la naturaleza, que impone sus leyes á los mismos que las dictan al jénero humano. Todo es perecedero en este mundo: los imperios tienen sus edades como los individuos, y solo permanecen en razon de los cuerpos organizados que sirven al sustento y á las necesidades de los miembros de la sociedad. El impulso primitivo emana por consiguiente del señorío del hombre sobre las sustancias naturales, y los vaivenes imperceptibles que conmueven los estados no reconocen otro oríjen.

Ese equilibrio jeneral que la especie humana mantiene en los reinos organizados, lo establece tambien cada clase de animales en los diversos distritos de la naturaleza; como las aves con sus emi-

graciones perpetuas del mediodia al norte y del norte al mediodia, y los peces con sus viajes anuales en el seno de los mares. Vense iguales avenidas entre los cuadrúpedos, y las habrá tambien sin duda en la clase de los insectos. Donde abunda el alimento, abundan los consumidores, de suerte que la materia organizada jamás se estanca en inaccion. Si sobre la tierra no existiese el hombre, introduciráse la anarquía entre las criaturas por falta de caudillo y gobierno: y si cada planeta tiene las suyas, es probable que haya tambien entre ellas un ente soberano que sea su centro de equilibrio y armonía, para que ninguna de ellas invada el dominio de sus vecinas.

Así pues, la especie humana existe, no solo para sí, sino tambien para el conjunto de los seres animados, de quienes viene á ser el contrapeso ó fuerza moderativa. Estamos colocados á la cumbre de los seres organizados para establecer con nuestra mole el equilibrio y el nivel por medio de la destruccion que en ellos ejercemos. Así como se constituyó el reino animal para reprimir la escesiva abundancia del vegetal, fueron tambien creadas las especies carnívoras para cercenar el exceso de las que se sustentan de vegetales, de que despojarían la tierra: la especie humana entona la armonía entre estos diversos entes, castigando igualmente á todos, y manteniéndolos en sus respectivos linderos. Que el desempeño de esta suprema funcion incumbe al hombre, pruébalo la facultad que le franqueó natu-

raleza de reinar en todos los climas y sustentarse igualmente de animales y vegetales.

Como no basta en los trópicos el número de especies herbívoras para cercenar la abundancia de vegetales, vemos que la naturaleza hizo frujívoro al hombre de aquellas rejiones; cuando, al contrario, lo hizo principalmente carnívoro en las zonas frías, por ser allí harto considerable la proporción de los animales respecto á las plantas, á cuya multiplicación y medro se opone el frío excesivo. El frujívoro no hallara con que sustentarse en el norte, y el carnívoro, destruyendo en el mediodía los animales herbívoros para alimentarse, no hubiera refrenado la demasiada multiplicación de las sustancias vegetales, que pronto acosaran la tierra. Por último, cuando el poderío despótico del hombre dejenera en gravoso para los cuerpos organizados, vemos que la naturaleza enjendra enfermedades epidémicas, mas contagiosas y funestas en las grandes sociedades humanas; provoca súbitas catástrofes políticas, tanto mas violentas cuanto mas numerosa y apiñada la población; suscita discordias, guerras y lides, que son otros tantos derrames ó sangrías que disminuyen la plétora de la especie humana, manteniendo siempre por uno ú otro medio una suerte de igualdad entre las fuerzas vitales de la materia organizada.

Síguese de lo dicho, que la naturaleza jamás acata á los individuos; que mantiene la perpetuidad de las especies por medio de crecidos cercenos en las castas que destruyen á las otras; y que lejos

de haberlo ordenado todo para la felicidad del hombre físico, sírvese de él á sus costas para mantener el equilibrio del sistema de los cuerpos organizados, y le vuelca, ó mas bien, le desmenuza, cual frájil caña, cuando se opone á sus sabios fines. La naturaleza, que hizo tan poco por el hombre físico individual, ha favorecido en extremo al hombre intelectual y social. Los tiempos mas desgraciados para el jénero humano son para los reinos de la naturaleza felices épocas de crecimiento y desarrollo; nuestra multiplicación y prosperidad son para ellos un período de malogro ó menosvaler; porque no nos enriquecemos sino defraudando á la naturaleza, y no enjendramos sino á costa de los vivientes que destruimos: de suerte que de todos modos se establece entre nosotros y los reinos organizados un contraresto perpetuo, un vaiven mas ó menos cercano al equilibrio.

Así como se instituyeron los soberanos para labrar la felicidad de los pueblos, no de otra suerte fue constituido el hombre caudillo de todos los entes para su felicidad jeneral; y seria tan falso el suponer los súbditos formados terminantemente para su soberano, como el pretender que todo el universo haya sido exclusivamente creado para el hombre. La mosca que le insulta, el gusano que roe sus entrañas, el vil arador que le devora, no nacieron ciertamente para servirle. ¿Obedecen acaso los astros, las estaciones y los vientos á este dios de la tierra, pasto de un débil gusanillo? Las pestes, el hambre, las enfermedades, las guerras, las

pasiones de los hombres, sus infortunios y sus pesares, prueban que, en cuanto á lo físico, no somos mas favorecidos que los demas entes; que la naturaleza se ha mostrado equitativa para con todos, y que, si bien ocupamos el primer puesto, no estamos al abrigo de sus leyes: el supremo Hacedor no deslindó distincion entre los individuos; y así los reyes de la tierra como los pastores nacen y mueren lo mismo que las flores y los animales.

El hombre físico no es para la naturaleza sino una porcion de materia organizada, que cambia ó trasforma á su antojo, y que sucesivamente hace crecer, enjendrar y perecer. No es el hombre quien reina sobre la tierra, son sí las leyes de la Divinidad, de las cuales es intérprete y depositario; solo á ella debe el imperio de vida y muerte que ejerce sobre el animal y la planta; pero vese él tambien sujeto á sus leyes terribles é irrevocables; y todo el poder de la tierra, toda la fuerza del jénero humano, enmudece ante el Eterno Señor de los mundos (1).

El hombre debe pues considerarse, respecto á las criaturas vivientes, como su moderador y como instrumento de equilibrio y nivelacion; motivo porque ensancha sus relaciones físicas y morales en el grandioso seno de la naturaleza; y estando en relacion con todas las cosas, viene á ser la cadena que

(1) *Animalia fecit Deus propter hominem, hominem propter seipsum; si ergo animalibus ministrat propter hominem, quomodo hominibus non ministrabit propter seipsum?* Sanctus Chrysostomus, in Matth.

uae todo cuanto existe. El animal y la planta permanecen ceñidos á su esfera, pero la nuestra abarca el universo entero, por nuestras necesidades, ya naturales, ya postizas, de nacion á nacion, por nuestros conocimientos y por el comercio; siendo, por decirlo así, el alma del mundo físico. A sus facultades y á su número debe el hombre la preponderancia que se se granjeó sobre la tierra, el señorío que ejerce en los continentes y en los mares, y hasta en las castas mas terribles de animales que logró domar ó destruir. A él solo pertenece por su númen y sus facultades el derecho de vencer y de reinar. ¿Qué animales pueden disputarle el trono? El hombre ha fundado sus prerogativas, no solo en la fuerza, sino tambien en su mérito y en sus cualidades. Si el imperio perteneciese únicamente á la fuerza, veríamos al leon y al tigre pelear por el cetro del mundo, y á la ballena y al tiburón lidiar por el dominio del océano; pero todos ellos reconocen la superioridad del hombre: su mano, que amasa el salitre, aguza el hierro y derroca los peñascos, sabe sojuzgar al cocodrilo, domar al toro y lanzar el harpon á la enorme ballena; la bala que arroja hiere al águila en medio de los aires; los animales mas montaraces, los tiranos de la tierra, los monstruos del océano, huyen de su presencia y tiemblan al oír su voz. ¡Un viviente de cinco pies impone la ley á la poderosa ballena, y hace arrodillar á sus plantas al corpulento elefante! Es tal su superioridad sobre los animales, que mas ventajoso les fuera verse de él olvidados, como el insecto, que hacerle

rostro, como el leon y el rinoceronte. Solo viven en cuanto el hombre les permite existir, y mientras se ocultan á sus ojos. Por último, si comparamos el hombre con las criaturas, escitan nuestra admiracion el prodijioso señorío y la desmedida grandeza del primero, no menos que la servidumbre y el sumo apocamiento de las últimas.

SECCION SEGUNDA.

DEL HOMBRE CONSIDERADO EN SU CONSTITUCION FÍSICA Y ORGANIZACION, CON RESPECTO A LOS DEMAS VIVIENTES.

SIENDO el hombre el único, entre todos los animales, que está principalmente creado para el ejercicio del pensamiento y de la industria, debió concedérsele una postura erguida ó perfectamente vertical. Este era el único arbitrio para poderle dar un cerebro voluminoso y franquicia en las manos, instrumentos indispensables para ejecutar los actos é invenciones de la inteligencia. Es el único *bímano* y *bípedo*.

El hombre es un animal desnudo, con dos manos y dos pies, que camina en situacion erguida, que es capaz de raciocinar, de un lenguaje articulado, y que es susceptible de civilizacion; atributos característicos, y que en su totalidad solo están vinculados en su especie. Por su conformacion física, pertenece á los animales de doble sistema nervioso y vertebrales; y por su clase, á las especies de sangre caliente y con dos ventrículos y otras tantas aurículas en el corazon. Siendo la mujer vivípara y amamantando á sus hijos, corresponde, como el